IV

EL SOCIALISMO

IV

EL SOCIALISMO

Hay que distinguir entre la cuestión social y el socialismo. (1) La primera consiste en la lucha fatal entre el capitalista y el obrero, en el conflicto entre el derecho de propiedad y el derecho de conservación.

El rico tiene derecho á sacar utilidad de su oro; el trabajador, á que su trabajo sea debidamente indemnizado, de modo de poder subvenir á sus necesidades materiales, sin que se le exija una tarea superior á sus fuerzas, que agote su salud y que le prive de un descanso periódico necesario para su cuerpo y su alma.

Pero el rico exagera á veces su derecho, pretendiendo utilidad excesiva, á costa del infeliz obrero, á quien sin causa bastante, reduce el salario y aumenta la tarea; y el obrero á su vez pretende que el propietario prescinda de su utilidad legítima, queriendo que ésta corresponda únicamente al trabajo y no al capital, improductivo de por sí. Tengo derecho—dice—á todo lo que produce mi trabajo y no se me da ni la mitad siquiera. *¡Guerra, pues al capital privado, vampiro del pobre; guerra á la férrea ley de los salarios, ergástulo de mi nueva esclavitud, más ominosa que la antigua!*

La ley es impotente para impedir esa lucha. Por algunos medios indirectos podrá aliviar algo tan penosa

situación social, pero momentáneamente. ¿Cómo poner freno á la codicia del rico, si para ello sería preciso destruir la propiedad privada, uno de los fundamentos de la sociedad actual? ¿Cómo inspirar al pobre, amor á la pobreza, conformidad con su suerte para que no apele á la fuerza brutal del número en ocasión propicia y busque con ella la mejora de su dura situación, ó al menos el goce de una venganza tanto tiempo reprimida?

La Iglesia comprende mejor que nadie esa situación, y se afana por resolver la cuestión social por los medios que su temperamento y su misión ponen á su alcance, y que por cierto, son los únicos posibles. En este sentido es la gran socialista. Pero fuera de su seno se ha inventado otro sistema, impropiamente llamado socialismo, que pretende remediar al mal, destruyendo las bases mismas de la sociedad. Leed sus principios fundamentales:

"I.—LA IGUALDAD NATURAL DE TODOS LOS HOMBRES—de donde proviene la *igualdad de sus derechos* y la abolición de todas las desigualdades sociales.

II.—LA COMUNIDAD DE LOS BIENES NATURALES—á que se opone *la propiedad privada.*

III.—EL DERECHO AL TRABAJO —que no puede ser tutelado en todos los individuos, si la sociedad no se apodera de los materiales y de los instrumentos del trabajo, y no dirige ella misma el trabajo, la producción y el reparto.

IV.—EL DERECHO AL PRODUCTO ENTERO DEL TRABAJO—que no podrá existir sino cuando sea abolido el derecho del propietario privado.

V.—EL TRABAJO OBLIGATORIO Á TODOS—porque todos tienen la obligación de proveerse de lo necesario para la vida." (2)

En apariencia el socialismo no ataca más que la propiedad, lo que ya es bastante para la ruina del mundo, pero en puridad, hiere también rudamente las otras bases sociales, la religión y la familia, porque tales cimientos se apoyan los unos en los otros, y conmovido éste, se desquicia aquél.

En 1847, el desarrollo de la industria, el aumento de la población y, más que todo, la falta de fe, exacerbaba la dolencia social en que nos ocupamos, y el socialismo surgió en Europa, llamándose infalible medicina, ó más bien que nacer, se organizó en sistema, dando forma definitiva á sus principios capitales.

Marx y Engels lanzaron en ese año su famoso manifiesto, exponiendo doctrina semejante á la anunciada, y terminándolo con estas palabras de aterradora elocuencia: "Los comunistas no tratan de ocultar sus miras y sus aspiraciones. Ellos declaran abiertamente *que su fin puede únicamente conseguirse derribando violentamente toda la actual constitución de la sociedad.* Las clases directoras tiemblan ante una revolución comunista. El proletario nada tiene que perder más que sus cadenas, y tienen en cambio, todo un mundo que ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!" (3)

¡Qué peligro para la sociedad, Dios santo! El burgués de la revolución que, á pesar de su fanatismo sectario, podía abrigar algunas ideas nobles, entre ellas el amor á las clases desheredadas, tenía que convertirse, por causa del positivismo, en el más frío egoísta, y, como lo veremos en otro de los capítulos de esta disertación, á mediados del siglo la burguesía se paganizaba. El jacobino, por evolución natural, se convirtió en positivista, en ateo más ó menos disfrazado. La nobleza en algunas partes desapareció, en otras iba perdiendo sus privilegios y sus riquezas, y la sucedía la clase media en el gobierno, en la industria, en el dominio territorial, como sucedía al clero en la cátedra y en la prensa. La burguesía convertíase en directora de la sociedad, porque disponía de los principales instrumentos de dirección. Y en esa clase el positivismo hacía principalmente sus extragos y la iba convirtiendo en la mayor tiranía para el pobre, porque el rico sin Dios, es Dios de sí mismo, como dijo el poeta.

Al pobre pueblo bajo, ya por su parte las ideas liberales habían comenzado á descristianizarlo en el mundo. Napoleón, apenas subió al poder, quiso darle la religión, pero la gran obra napoleónica la desbarataban las logias, los clubs, los periódicos, y aunque las nuevas filosofías no llegaban naturalmente al pueblo de modo directo, se le corrompía con la negación brutal, la blasfemia cínica, la mentira histórica, la

utopia social más ó menos grosera, pero bastante á engañarlo, porque engañaba sus pasiones.

En donde quiera se hizo al pueblo bajo, en buena parte al menos, enemigo de los reyes y de la nobleza y enemigo también del clero, porque se acusaba á éste de cómplice de la nobleza y de los reyes. Ser enemigo del clero y ser impío es una misma cosa, principalmente en el ignorante.

En esa situación, el socialismo tenía que ganar el pueblo. El liberalismo había proclamado la igualdad de derechos, ¿por qué el socialismo no había de proclamar la igualdad de fortunas? El liberalismo proclamaba la perfección humana, negando la existencia de la culpa original (4), é imputando los males del mundo á la sociedad y no á la naturaleza: ¿por qué el socialismo no había de sublevarse contra esa sociedad criminal y desnaturalizada, proclamar su completa ruina y la de sus bases fundamentales que son la autoridad, la religión, la familia y la propiedad?

El liberalismo quiere la secularización del estado; el socialismo, más lógico, quiere la secularización del hombre. El liberalismo atacaba á Dios, pero incosecuente por egoísta y cobarde, quería respetar la autoridad, la propiedad y la familia. El socialismo, enemigo franco y brutal como la clase que lo acogía, se proclamaba abiertamente anarquista desde su aparición en el mundo. Si no hay Dios para la sociedad—exclamaba por boca de sus apóstoles—en vano nos pedís respeto á la propiedad, amor á la familia y obediencia al gobierno. Sin Dios, la propiedad es robo; la autoridad, tiranía; el matrimonio, contrato rescindible y la familia, sociedad liquidable.

En la burguesía, el positivismo; en el pueblo bajo, el socialismo. Arriba, el egoísmo y la codicia; abajo, la sensualidad y la venganza. Tal era la situación de la sociedad humana en la parte más civilizada, á mediados del siglo XIX y fuera de la Iglesia Católica.

* * *

No se puede decir, en mi concepto, que el positivismo historicamente sea padre del socialismo, pues nacieron juntos con Saint Simón, que comenzó á perfi-

lar el segundo en el siglo pasado, al mismo tiempo que echaba los cimientos del primero. Saint Simón fué precursor de Comte como lo fué de Proudhom. (5)

Pero esa doctrina filosófica es admirable egida de la utopia social. La primera allana el camino á la segunda. Aquélla, sin proclamar el ateísmo crudo y procaz, lo profesa sin embargo, lo propaga admirablemente entre los ignorantes y perezosos, á quienes resulta sobremanera cómodo no pensar ni discutir acerca de lo que es por su naturaleza incognoscible. Esta (el socialismo) necesita del ateísmo para prosperar, porque Dios es su mayor enemigo y la Iglesia el campeón del cielo.

El positivismo es la egida filosófica del socialismo. Mientras el primero reine en los entendimientos, ya el segundo podrá encender sin obstáculo las pasiones de las multitudes.

Por eso todos los principales jefes del socialismo, han sido francamente ateos.

"Hé aquí por qué los corifeos del socialismo contemporáneo son todos ateos, materialistas, masones ó judíos renegados, Enrique Saint Simón, Carlos Furier, Feuerbach, Engels, Pedro Leroux, Roberto Owen, Fernando Lassalle, Carlos Marx, Miguel Bakounine, Proudhom, Liebknecht y Bebel son nombres que lo dicen todo. Los que están á la cabeza del movimiento socialista no hacen misterio de ello. El ateísmo es el fondo común de su sistema, háyanlo tomado de Hegel en Alemania, de Augusto Comte en Francia ó de Mazzini en Italia." (6)

El socialismo, como todo error, es frecuentemente hipócrita y como ve en el sacerdote su mayor enemigo, quiere muchas veces engañarlo y sostiene como los liberales que no ataca la religión privada. ¡Mentira! Bastaría para que fuera anti-católico, que atacase la religión en el estado, la propiedad y la familia, pero en realidad de verdad, sus dogmas son intrínsecamente ateos, y sus instintos y pasiones se compadecen con tan nefandos principios.

Bien sabemos que los primeros apóstoles del error, Saint Simón y Cabet, querían identificar el cristianismo con el socialismo, pero ésto era á las claras ardid sectario, y si bien acertaban al decir que si reinase el